

EN ELOGIO DEL CAPITAN DON ANTONIO RICAURTE

Por TOMÁS PÉREZ TENREIRO

Nunca soñó el niño, ni tampoco el jovenzuelo, ni menos el hombre ya hecho, venir a esta Casa, frente a este bronce justiciero, y decir, conociendo todas sus limitaciones, algo de lo que se tiene en mente y pecho, para exaltar memoria y nombre de uno por quien la América dejó de ser promesa . . .

A estas risueñas tierras de Aragua, abiertas en espera de sembradíos, florecidas de bucares, soberbias de chaguaramos, ásperas en alta serranía, cubiertas de azul y blancas nubes, llegaron, en busca de esperanzas, luego de saltar océano, mis mayores . . .

Aquí araron la tierra y ayudaron a construir iglesias. Quienes tuvieran suerte descansan al regazo de algún altar. Otros, dejaron sus huesos quién sabe por cuáles montes o llanuras . . .

Me dejaron, no más, rica herencia de cariño hacia los Valles y de agradecimiento para sus hijos . . .

En esos corredores muchas veces me alcanzó el atardecer . . . Y tantas, oí al viejo guardián, contar lo que su abuela le había dicho del día aquel cuando todos los ojos miraron Ingenio arriba . . .

Aquí estaba la efigie de quien ganara propia nombradía, extendida hacia los siglos, perenne, tanto cuanto el ondear de su bandera . . .

Fray Francisco de San Joaquín, apellidado Azula, Agustino Delcalzo, dióle óleo y crisma en la Villa de Leiva.

Cuatro Santos acudieron a su pila: ANTONIO, CLEMENTE, JOSE, y BERNABE.

MARIA, Señora de todos los dolores y de todas las glorias, sobre su cabeza tendió las manos y bendiciéndole, dijo sin que se oyera: "TE ESPERO EN BELEN DE SAN MATEO" . . .

Todo comenzó para él, en 10 de junio de 1786. En tiempo tempestuoso. Se rompían moldes centenarios. El Hombre adquiría derechos. Y la Audiencia del Virreinato de Santa Fe, precisamente, castigaba a un su paisano, quien pasara al español tales sagrados principios.

Venía de cepa procerca, lejana de pleitos, reposada la estirpe paterna en sabia medianía, dorada de oros y privanzas las maternas y todas enraizadas al terruño . . . Y la rebeldía la tuvo de primera mano, pues doña María Clemencia de Lozano Maldonado de Mendoza, su progenitora, para seguir el impulso de su corazón vulnerable los mandatos paternales, sin importarle los dineros de la herencia . . .

Sufrió secuestro en la casa de una familia seria, como se decía entonces, mientras su futuro esposo permaneció preso. Hasta que se les dio lo pedido y era de derecho, las bendiciones nupciales.

Del padre hubo el amor a la libertad, y amor al bien común... Huérfano a los doce años, sufrirá de la negligencia de su tutor legal. Creció independiente y voluntarioso. Sufridor de penalidades y trabajos.

Pero, en 1799, luego del complicado procedimiento exigido, y obligante, ingresa en el Colegio de San Bartolomé. Donde un severo sistema lo echó por las calles de la cultura. Que no le era extraña, ya en su casa había visto y ojeado libros. Aun de aquéllos abiertos a escondidas. A despecho del Santo Oficio.

Al paso le sale el amor. En 1804 toma estado, casándose con doña Juana Martínez. Parecía que su vida discurriría por transitados senderos, cual costumbre. Mas, no era su natural proclive a la rutinaria vida de un empleadillo del Virrey. Circunstancias ayudando, y dentro de ellas las andanzas y voluntades del Corso genial, todo lo supuesto por muchos, materia solidísima, todo lo previsto, se viene al suelo... Se abren nuevas perspectivas, los nobles corazones palpitan con fuerza y las juventudes, sin temor de sacrificios, aspiran cambios y triunfos, y justicia para todos...

Se encontraban con su destino, no distinto al de procurar la libertad. El Virrey Amar procede a defender los derechos de la Corona y reconoce la Junta de Gobierno de Sevilla; la simiente enciclopedista, el ejemplo norteamericano, el mal ejemplo de la familia real, la lejanía, las legítimas ambiciones, la guerra ya adivinada larga y encendida de todas las pasiones; el odio entre los mismos españoles, todo, inclinaba los espíritus hacia la consideración de un gobierno propio... Y, para Ricaurte, no eran éstas ideas desconocidas, sino que comentadas en su grupo familiar, y hechas necesidad en los mismos días por una represión ensangrentada por la incomprensión, y a la cual no se le veían límites...

El 20 de julio de 1810, da la primera muestra pública de su decisión republicana. Que ya de su vocación de Independencia, sabían quienes con él fueran en el mismo mes a levantarse en revolución... Ya no querían los antiguos criollos "encontrarse como huérfanos en tierra extraña"... Tócale en suerte la prisión del Virrey, cuyo bastón se custodió precisamente, por largos años en nuestra Academia Militar... Supuesto el empleo de las armas para asegurar la causa americana, se enrola como voluntario y a poco es Teniente de ellos. Luce, así su primera casaca azul... Inicio de una carrera cuyos peldaños subiría pagándolos con devoción y riesgos cotidianos.

Cuestiones teóricas debilitarían y dividirían la Patria granadina. Allá y aquí pretendíamos repúblicas aéreas, cuando lo urgente y necesario era la unión para romper los batallones organizados en nombre de Fernando.

De los primeros capaces de evaluar las urgencias, y por ello, de colocarse en el bando de la Unión, fue Ricaurte. Adivinaba la importancia de la acción en masa. Se junta con los del Pronunciamiento. Opina y en agosto lugar por la revisión de la Ley Fundamental. Luego expone sus pensamientos en comunicaciones impresas, porque cree que al pueblo debe decirse el propio pensamiento con verdad. En las duras luchas se distingue y avanza en méritos. Conquistando sus grados. Pronto uniría sus esfuerzos a los que guiaba otro hombre joven. Al cual, un ánimo tremendo y un genio sin iguales, de ser tildado de iluso lo habían llevado a la Jefatura de una expedición

conocida en la historia como Admirable. Hecha real gracias al apoyo “generoso de los gobiernos de Cartagena y de la Unión”. Concedido el permiso del Poder Ejecutivo, hechos los aprestos posibles, Bolívar sólo deseaba “con los impertérritos soldados de Cartagena y de la Unión”, con los venezolanos reunidos por su afán, presentarse “delante de las ruinas de la Ilustre Caracas”.

Caracas es el asiento del poder político, a ella convergen los contados caminos, su litoral, definido por los Castillos de Puerto Cabello y de La Guaira, es el asidero de las cadenas de la Corona. Dentro de su espacio sitúase Valencia. En él, listo para defenderle siempre habrá un ejército, el principal de los realistas, destruido cae la Capital, se constituye gobierno, se obtienen recursos y puede llevarse a cabo una pacificación irradiada, del centro hacia los campos. . . Destruídas las partidas la Patria queda consolidada.

Entre los quinientos hombres disponibles para la audaz operación, don Antonio ya había hecho amigos. Ellos le encontraron pronto un corazón antiguo y un alma dispuesta al sacrificio.

Aquel don José Félix Blanco de misterioso origen, de espíritu aguzado en el confesionario, y en sus latines amigo de Plutarco, dejó bien escritas las impresiones que le causara: “Tuvimos la satisfacción, asentó, de tratar de cerca a la mayor parte de los oficiales granadinos que vinieron el año 13 en la Expedición Libertadora de Venezuela, y podemos asegurar que eran jóvenes recomendables por todos títulos: educación, moral, valor, instrucción, todo se hallaba en ellos; mas siempre observamos que el Capitán Ricaurte se distinguía por sus ideas exaltadas y romanescas. Empapado en la historia de las antiguas repúblicas, quería que todos fuésemos griegos y romanos. Según él, no se podía ser verdadero republicano sin sacrificios extraordinarios”. . . Esta es la apreciación de un hombre que bien manejaba la lanza y el hisopo. Capaz de captar la cuantía de lo digno, de desechar lo menudo, intrascendente. . . Y allí lo vació, más erguido y noble, sólo estará en las estatuas. Y así lo vemos, atrás el derruido paredón, alta hacia el cielo la frente pura, sereno el continente como que la muerte que a todos turba y emociona, ni desvió su designio ni detuvo su mano.

Realizada la Campaña, trató Bolívar de remediar, de acudir con las fuerzas reconstituidas a lo más premuroso. Sitiar Puerto Cabello. Cubrirse sobre el llano en el que se reunían las tolvaneras para caer en tempestad sobre la República. Marcha a Occidente. Acciona resortes diplomáticos. No olvida a quienes le ayudaran, escribiéndoles: “Es imposible explicar la gratitud, el entusiasmo, todos los sentimientos de los caraqueños por los granadinos”. . . Se enlaza con el Libertador de Oriente. En fin renace la República, la esperanza. Gana Araure. Pero el año de 1814, esparado de consolidación y mayores triunfos, iba a ver los horrores más monstruosos. El General en Jefe que se sentía no árbitro de leyes ni de gobierno, cuya más fuerte ambición se cifraba en hacer una patria feliz, tendría por casi perdidos todos sus empeños. Boves rehecho, se venía sobre el centro con una tropa de tres mil de a caballo y más de mil de infantería. Disputaba el poder. Era “en el día un enemigo terrible”. Se levanta el sitio de Puerto Cabello. Urdaneta va a recibir la orden célebre: “Ciudadano General, defenderéis Valencia hasta morir”. . . Ribas con heroísmo vence en la Victoria el 12 de febrero. Caracas consternada renace a la confianza cuando el mismo Ribas destruye a Rosete el 20 en Charallave.

Para ocupar Caracas, obligatoriamente, cuando se viene del llano debía pasarse aprovechando ese camino angosto que se recuesta y piruetea en estas colinas, por San Mateo y La Victoria, para por éstas, tomar la garganta que en ascenso conduce a la ciudad capital. Ruta muy vecina de la seguida por Losada . . .

Decide el Libertador defender el acceso a Caracas, en San Mateo; el 20 de febrero sale de Valencia para disponerse en estos lugares listo a dar batalla decisiva. Había urgido a Mariño su presencia con fuerzas de auxilio.

El 21 de febrero el Capitán General Libertador tomaba en San Mateo sus primeras providencias. Sabía que iba la vida de la República.

Los combates que aquí se dieron y que se hilvanan en Batalla, han sido descritos por nuestros más grandes escritores de historia: Baralt, Lecuna, Eduardo Blanco quien les añadió toda la poesía de su sentir venezolano. Y aquí se rememorarán a través del tiempo. Y son de todos conocidos. Pero, frente a la efigie del héroe conviene repetirlos a muy grandes trazos, pues esas palabras son el único incienso que puede ascender a su sitial. Y salvo el empeñarse en alcanzar la calificación de buen ciudadano, no existe distinta manera de expresar el agradecimiento de los hombres y mujeres de Venezuela hacia el Capitán que nos ayudara a darnos nación libre, igualdad ante la Ley. Y aquí, donde los muertos pueden surgir de la tierra, gritarnos sus verdades y pedirnos cuentas de sus ideales.

Preguntábase don Eduardo Blanco, “¿Quién no se ha detenido a contemplar aquella casa histórica, tumba gloriosa de Ricaurte y cuna de su inmortalidad, que de lo alto de la eminencia en que se asienta, domina el campo de la grandiosa lid y resplandece como el brillante paladión de las antiguas glorias de la patria?” A ello cabe hoy lamentar, contestándole, que el viajero pasa a lo lejos y en veloz búsqueda del fin de su itinerario, y que la Casa señalada por estatua, un pabellón flotando sobre sus techos, le aparece sólo un instante y no le trae los debidos recuerdos, porque no se le han enseñado.

Desde muchos años venimos en menos de nuestra vocación heroica. Nuestros hijos y nietos no se curten con la historia de la guerra a muerte. Vamos creando una generación que desconoce su historia. Fuerte sólo contra el bien común. Mas, mucho lo sabía el héroe, en el fondo de las almas siempre hay un impulso superior que bien dirigido puede conducir las juventudes hacia objetivos de progreso y bien . . . Y aquí los jóvenes dieron una lección suprema. Supieron encontrarse con el no ser de lo que era antes . . .

Desde el 28 de febrero, día en el que se combate duramente. Primer grande empuje de los realistas urgidos en vencer, hasta el día 25 de marzo, fecha que nos reúne, con diferentes alternativas la lucha se extiende y enfierece.

El asturiano ve desde el comienzo, burladas sus esperanzas, pues la caballería se traba en las pendientes y no es apta para someter trincheras. Su infantería en la que ha descuidado uniformar el armamento, prefiere el combate al arma blanca. Y para llegar al cuerpo a cuerpo hay que avanzar bajo el fuego de tiradores bien apostados. Y como Boves si es gran general de caballería, Primera Lanza del Rey, no entiende ni se le puede hacer entender del uso del cañón, recurso de los generales para imponer su voluntad, y ha dejado casi todas sus piezas en Villa de Cura (tiene apenas seis que no concentra), sus ataques se rompen sangrientamente en las trincheras y su engrosado ejército que ya alcanzaba los 8.000 combatientes, se estrellaba contra el bien dispuesto campo patriota, que se extendía, apoyándose en las colinas,

desde el sitio del Calvario, pasando por Canta Rana, donde 13 piezas de artillería, podían dirigir sus fuegos, bien fuese necesario sobre el camino real, hasta las calles de la población dado el caso. La izquierda alcanzaba las casas del ingenio y del Trapiche. En las filas entre muchos estaban Villapol, Campo Elías, los Montilla, Morán, Pedro Alcántara Mantilla, Lino de Clemente, Muñoz Tébar, Florencio Palacios. Hermógenes Maza defendía La Victoria. . .

. . . Tenía grandes bondades militares el dispositivo patriota, prácticamente inabordable para las indisciplinadas tropas reales; reforzada la defensiva con la buena utilización de la artillería disponible. Difícil de copar pues era posible una ordenada retirada aprovechando la posesión de las alturas. Favorecía además el empleo de la infantería, la más fuerte en el bando patriota.

El 28 de febrero había visto toda la furia realista quebrarse y su jefe, perder la esperanza de decidir la suerte de la batalla en el mismo día. Costosa en preciosas vidas, entre ellas la de Villapol. Afortunadamente, Boves, herido, tuvo que suspender su empeño. Y van a sucederse continuos ataques parciales, una acción de acoso, para debilitar a los patriotas, hacerles gastar la munición y cansar sus efectivos. Bolívar se dedica con toda firmeza a levantar, con todos los medios disponibles, la moral de sus tropas; recorre la línea, visita los hospitales (sitos en La Victoria), refuerza los lugares en peligro. Dirige ataques buscando el enganche de una nueva batalla en toda fuerzas. Rechaza las intenciones sobre sus líneas dirigidas por Morales y lanza a Hermógenes Maza sobre las espaldas de la tropa realista. Desembocado este ataque desde La Victoria y apoyado por otro dirigido desde la línea, la caballería realista (era el día 17 de marzo) sufre gruesas bajas. Y por primera vez se regó en las tierras de Aragua la sangre de Ricaurte. . .

El 24 de marzo inician los realistas serias operaciones sobre el dispositivo republicano. A quienes el barullo, los vivas y una actividad inusitada a su frente, habían anunciado el regreso de Boves, ya convalecido. . . Imagina el Jefe realista una maniobra que de realizarse con éxito, decidirá la ya larga disputa. Encarga a su segundo, Morales, que salga de su campamento durante la noche del 24 y por los cerros del Güey y la Fila de Los Cucharos, caiga sobre la Casa del Ingenio, espalda de la izquierda patriota y donde precisamente el Capitán don Antonio Ricaurte tiene la responsabilidad del Parque del Ejército. Este ataque lo combinará con otro que también a la espalda del dispositivo republicano, llamaría la atención de los defensores, sobre el sitio del Calvario. Un ataque general, de frente, aprovechando el momento crítico creado, destruirá a los empecinados y descarriados soldados del amarillo azul y rojo.

Los dos ataques se aproximaron en la madrugada. Y fueron vistos llegar por los republicanos, quienes puestos en aviso, aguardaron con firmeza su desencadenamiento. Toda la línea quedó a poco sujeta al empuje enemigo. Sin que a pesar de la conducción personal de Boves, pudieran los realistas romperla o desordenar la defensa. El buen ajustado fuego, detiene y deshace el ordenamiento de las unidades del rey. Que persisten en su intento, gracias sobre todo a la mayor disponibilidad de efectivos.

Aprovechando el empeño, Morales puede coronar la fila, y sus banderas y los gritos de sus tropas, vistas y oídos por los que duramente se defienden, hacen temer ya no sólo por el Parque, sino por un ataque de revés que sería destructivo.

Cuentan quienes recogieron el relato de testigos presenciales, que de la Quebrada de Pipe hasta el Ingenio abajo, todos los brazos se detuvieron, y las miradas se dirigieron a esta colina, donde los recursos del ejército estaban en tris de ser conquistados y de serlo, se seguiría con mucha certeza la pérdida de la batalla. . .

Aquí estaba Ricaurte. El hombre que de joven ya pensaba en bien morir. El que sabía que “es más importante prepararse para la muerte que para la vida”. . . De inmediato comprende la gravedad de la situación. Urgen medidas rápidas. Ordena a su tropa descender la cuesta. Llevarse a los heridos y él, se dispone a cumplir la sublime tarea: incendiará el Parque, y con ello, se llevará la ya creyéndose victoriosa fuerza realista, y les dará, en lo que más duele, en lo moral, el más grande golpe.

Contaba Matea, la abuela de la persona a quien se lo oí, que “cuando los españoles bajaban el cerro, el niño Ricaurte mandó salir la gente y fue a la cocina y luego que mandó salir la gente, con un tizón que le dió la niña Petrona, se volvió p'arriba, pa la polvorera”. . . Sabía con toda claridad qué debía hacer y cuáles sus medios. . . Mientras volvía, la vanguardia de Morales, bajaba el cerro en desorden, abierta de gritos, contados tiros y brillo de muchas lanzas; tropezaban con cadáveres y con matorrales; el grueso atraído por la vieja edificación, precipitóse sobre ella, ansiosa de adueñarse de los pertrechos, de saquear la casa. . . En tanto, con largos, muy firmes pasos, un tizón enrojecido en la mano, se encaminaba hacia la historia Don Antonio Ricaurte, Capitán por la República y Jefe del Parque en peligro. . . En la mente le bullían las viejas lecturas, “La vida es larga cuando está colmada. . .” ¿desde qué día data la muerte? . . . ¿Para qué sirven muchos años?, ¿vivir mucho no es estar ya muerto largos años?, ser buen hijo, buen ciudadano, buen amigo, dar la vida por noble causa, ¿no es acercarse a la perfección? . . . Si yo estoy sereno la muerte puede venir cuando ella quiera. . . A su lado rompíanse las balas, se hacían sordos los gritos. Morales, aquel mismo que de Venezuela se fuera dejando su recuerdo en los dulces hombros de Ana María Campos, azuzaba sus parciales que bajaban la cuesta con todas las rabias aguzadas. Pronto están en los corredores y se desbordan buscando el acceso al lugar que imaginan sin defensa y donde esperan encontrar el repuesto patriota. Apenas entrevén una alta serena silueta, toda de azul, que no esgrime espada, sobre los barriles oscuros se destaca rojizo y blanquecino un largo pedazo de madera. . . Sin titubeo, con una decisión que no es fruto solamente de la naturaleza ni de lo aprendido, sino sin duda don de un designio superior, lo deja caer en el barril; “insólita explosión, aterrador estrépito retumba en todo el valle”. El humo, el polvo y el fuego recubren la montaña. A lo lejos la campana de Nuestra Señora de Belén de San Mateo recoge el eco y recuerda la promesa. Antonio Ricaurte de la Historia pasaba a la Leyenda. . .

Destruída la maniobra realista, un contrataque potente le corta todos los bríos, mientras que las noticias llegadas de las partidas en observación, informan del peligroso avance de Mariño, que aunque pausado está llegando a Bocachica.

Boves resuelve romper el contacto y salir sobre las tropas orientales que amenazan sus espaldas. Se retira. La acción de Ricaurte decisiva, ha salvado la República. El mismo Morales años más tarde escribiría: “El trapiche de Bolívar muy fortificado lo tomé por asalto y sus defensores se volaron”. . . Testimonio más que suficiente. Lo que no escribió Morales fue la acción cumplida por su orden o

dejada hacer. La de rematar a los pocos heridos y hasta a las mujeres y niños no huídos a tiempo. . .

Suele la envidia ensañarse con lo que es bueno y útil, en rabioso intento de disminuirlo para disputarle su gloria. . . Las pasiones, ciertamente, nos impiden juzgar bien de lo verdadero y de lo falso; es vano intento “reducirlas a razón”, especialmente cuando falta en lo anímico la predisposición al bien. . .

La hazaña de Ricaurte algunos se empeñan en disminuirla. Pero sólo cuenta el resultado y el juicio del Caudillo Máximo.

Se inventaron mil consejas. Alguno pretendió haber encontrado su cadáver ya hinchado (ello en la tarde del día magno), y al describirlo se traicionó, ya que hoy se conocen mejor los efectos de las explosiones. Y además, ¿cómo ocultar el enterramiento de hombre tan meritorio? . . . Ricaurte en libros y recuerdos hubiera quedado.

Para nosotros basta la palabra de Bolívar. La auténtica. No la que viene envuelta en chismes aderezados con traicioneras falsedades. Y tanto vale el efecto, fulgurante, que se produjo con el estallido sobre las tropas de Boves.

Simón Bolívar diría: “El Capitán Ricaurte hizo frente, solo, al enemigo y no pudiendo salvar los pertrechos los incendió y voló con ellos”. . .

Y quedó para siempre en el alma americana.

Señores.